

A t e n e a

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año X

Abril de 1933

Núm. 96

L.

GEORGE MOORE

A principios del año en curso, murió en su granja de Slieve Louan, en el riñón de Irlanda y a los noventa años de edad, el escritor George Moore. Casi un siglo de labor intelectual, como su colega inglés Tomás Hardy; pero Moore fué irlandés en la misma proporción que Hardy inglés. Quiero decir que Hardy era un regionalista, fondeado en el Weese, como en una pequeña rada. Para él no existieron en la tierra sino ingleses e islas. Y sus ideas, otro archipiélago, en cuyo horizonte perfilábase la silueta borrosa del continente europeo.

A Moore, de pura cepa céltica lo empujan, desde temprano, vientos de inquietud y de aventura. A los veinticinco años dejó sus verdeantes valles de Irlanda y desembarcó en Europa. Y en Europa, Francia. Todas las corrientes estéticas de la Francia posterior a la guerra del 70 asaltan tumultuosamente su sensibilidad, alejando cada vez más el paisaje nativo, con sus dehesas típicas y la idílica paz de sus praderas.

Alto y rubio, un azulear ingenuo prendido en las pupilas, cuidadosamente vestido, el monóculo espejeando en la cuenca izquierda (así lo ha inmortalizado Manet en un óleo célebre) frecuenta Moore las tabernas de Montmartre, donde bebe y discute toda la bohemia artística de París. Cree firmemente en su vocación de pintor. En la soledad de su cuarto de hotel, ebrio de teoría, dibuja acuarelas y mezcla colores. Se ha convertido al impresio-

nismo y a la escuela de pintores independientes quemá incienso con fervorosa lealtad; pero allí conoce a Villiers de l'Isle Adam y es Villiers el que lo lleva a la tertulia literaria de Mallarmé. Su fe artística vacila. Abandona, sin más ni más sus aguadas y sus cartones y escribe versos simbolistas en francés. Zola se perfila, entonces, en el horizonte. Zola y su credo batallador con su espejismo social y su nuevo concepto del arte de novelar. Ahora no es a la pintura, no es a la posesía hermética de Mallarmé, es a la novela naturalista a la que va a rendir culto como a una diosa.

Así nació «*Esther Waters*», su primera novela, gran fresco realista, donde se describe la decadencia de una familia de Londres. Al publicarse la novela en Inglaterra, con gran júbilo del novel naturalista, estalla el escándalo y la prensa conservadora acusa a Moore de inmoral y de anti-inglés.

Es preciso señalar en Moore dos personalidades diametralmente opuestas. La una, quizá la mejor, basábase en un agudo don de auto crítica; la otra, en una innata predisposición a asimilarse métodos y escuelas a la moda.

Paralelamente a su producción novelesca, desde «*Esther Waters*» a «*El Lago*» que es como ir de la novela naturalista a la novela psicológica, desde Zola a Henry James, anotaba Moore, con minuciosa justeza, las variaciones de su temperamento, embrujado por el señuelo de la novedad. Analizábase a sí mismo con la implacabilidad de un crítico que juzgara la obra de otro escritor.

«*Confesiones de un joven inglés*» (1886), «*Memorias de mi vida muerta*» (1906) y la trilogía *Salud y Adiós* (1914) son las tres partes de una misma sinfonía individual. Ahí están explicadas sus contradicciones y sus continuos cambios de frente. René Lalou llama a esto el mimetismo intelectual de Moore y lo atribuye a las cualidades asimilativas propias de la raza celta.

Las confesiones son lo más difundido de la obra de Moore. Escritas en una prosa nueva, de extraños matices, espigados en todos los campos donde su curiosidad siempre alerta se detuvo, ya burlescas o patéticas, ligeras o profundas, dejan ver cristalínamente el espíritu de este individualista refinado para quien la vida es un espectáculo, más que un problema.

Recuerdan los cuadros de viaje de Heine, sin su sátira incisiva, pero con igual agudeza de observación. En Moore hay un poeta y un poeta irlandés y a través de todos sus sarcasmos, se entrevé, como una atmósfera extraterrena, la aurora del ensueño y la noche del más allá.

Mézclase en ellas las meditaciones con los recuerdos. Los primeros capítulos pintan la vida de París. Coinciden con la juventud del novelista. Flaubert y Zola, Villiers de l'Isle Adam y Mallarmé, Cátulo Mendés y Banville viven y hablan y luchan por sus ideas estéticas en las páginas sobrias y profundas de Moore; luego, Londres. ¡Qué amor respiran las frases de este celta aristocrático por la anglosajona capital de las Islas Británicas! Sus docks, sus nieblas, sus iglesias roncadas de órganos, sus mujercitas de azules ojos y sus enlutados pastores, los marineros de humeante pipa y los queques, de corazón de oro, en la sencilla mesa de una navidad londinense, cuajada de nieve.

En «Memorias de mi vida muerta» la filosofía es diversa. Ya no es un joven el que habla, sino un hombre maduro, Moore ha vuelto a Irlanda y de allí no va a salir más. Del entusiasmo a la sabiduría, Moore no ha variado en su concepto de la vida y de las cosas; pero la juventud ya no ilumina el cuadro con su luz cegadora. Ya no se vive sino que se ve vivir. El paisaje humano aparece desposeído de su dinamismo y de su vivacidad. No son las cosas y los hombres sino el alma de los hombres y las cosas.

El último capítulo de «Memorias de mi vida muerta»,

«Resurgen» es uno de los trozos más bellos que se hayan escrito sobre el dolor y la muerte y sobre la esperanza de una resurrección siempre posible.

Paganamente, el gran poeta que fué Moore ha unido el culto de la vida exterior de la forma, con el sentido espiritual de esa vida y de esa forma.

Más feliz que Zola (hay que recordar su larga vida), pudo llegar a la cumbre de su evolución y despertar de su embriaguez sensua! para recogerse solitariamente en su castillo interior.

Envejecido el cuerpo, casi al extinguirse la claridad de los sentidos, sólo la inteligencia disciplina su pensamiento y ungió de poesía, llega a una comprensión mística de la vida y de la muerte.